

«La revolución está vencida, pero el gobierno está muerto». Crisis política, discursos periodísticos y demostraciones callejeras en Buenos Aires, 1890/

«Revolution has been defeated, but the government is dead».
Political crisis, press debate, and street demonstrations
in Buenos Aires, 1890

Inés Rojkind

Instituto de Historia Argentina y Americana
«Dr. Emilio Ravignani»,
Universidad de Buenos Aires-CONICET, Argentina

Este trabajo aborda la crisis que atravesó en 1890 el régimen conservador, en el contexto de una fallida rebelión armada y de la renuncia del presidente Miguel Juárez Celman. La intención es explicar el modo en que la ampliación y la diversificación de la participación política contribuyeron a profundizar los cuestionamientos que corroían la legitimidad del orden vigente. Se analizan las demostraciones callejeras que, alimentadas por los discursos de la prensa y por los debates parlamentarios, se sucedieron en la ciudad de Buenos Aires durante varios días.

PALABRAS CLAVE: Régimen conservador; Crisis política; revolución; Prensa; Movilizaciones callejeras; Congreso; Legitimidad.

This paper addresses the crisis of the régime conservador in 1890, in the context of a failed armed rebellion and the resignation of President Miguel Juárez Celman. It seeks to explain how the expansion and diversification of political participation helped to undermine the legitimacy of the existing order. The paper analyzes a series of street demonstrations that, fed by press articles and parliamentary debates, took place in the city of Buenos Aires along several days.

KEYWORDS: Conservador Regimen; Political Crisis; Revolution; Press; Street Mobilizations; Parliament; Legitimacy.

Consecuencias de una rebelión fallida: *orden y legitimidad política*

El 26 de julio de 1890 se produjo en la ciudad de Buenos Aires un alzamiento armado para derrocar al presidente Miguel Juárez Celman, líder del Partido Autonomista Nacional (PAN). Por medio de la manipulación electoral y de otros mecanismos de control, el PAN mantenía a la oposición marginada y sin posibilidades reales de competir por la presidencia de la República. La lógica del llamado *régimen conservador* implicaba que una elite política relativamente reducida concentraba el ejercicio del gobierno y dominaba además el proceso de selección de las candidaturas, tanto a nivel nacional como provincial. Esa lógica había funcionado sin grandes contratiempos durante una década, desde la llegada del PAN al poder en 1880, pero cuando hacia fines de los años ochenta comenzaron a sentirse los efectos de una feroz crisis económica, la movilización política se activó, creándose particularmente en Buenos Aires un clima favorable para que prosperasen las denuncias y protestas contra el régimen. La Unión Cívica, una heterogénea agrupación que reunía a sectores enfrentados con el PAN, acusó al gobierno de Juárez Celman y al de su antecesor, Julio Roca, de degradar las instituciones del país, de vulnerar los principios establecidos por la constitución nacional y de pretender suprimir las libertades públicas. Los líderes de la Unión Cívica fueron incluso más allá y proclamaron la legitimidad de la rebelión contra un poder al que se calificaba de despótico y corrupto.¹

Los combates revolucionarios se iniciaron el sábado 26 de julio y se prolongaron durante cuatro días. Las tropas rebeldes (civiles y militares) se enfrentaron con las fuerzas del gobierno nacional en las calles del centro de la ciudad, hasta que finalmente el levantamiento fue sofocado. A pesar de su fracaso, esta sublevación trajo consecuencias importantes, dando origen a una crisis política e institucional que habría de extenderse hasta mediados de la década. En lo inmediato, el signo más elocuente de ello fue la renuncia del presidente Juárez Celman, quien desprestigiado y sin apoyos

1 Sobre el funcionamiento del *régimen conservador*, la referencia obligada es Botana, 1994. Para una mirada reciente y en algunos aspectos renovadora, Alonso, 2010. Es importante aclarar que la manipulación electoral no incluía limitaciones censatarias ni de capacidad para el ejercicio del voto, sino que abarcaba diversas instancias de producción del sufragio «desde arriba». Sobre la movilización opositora y la impugnación revolucionaria en torno al Noventa, ver Alonso, 2000; Botana, 2005, 121-125.

se vio obligado a dejar el cargo. Para completar el mandato que finalizaba en 1892, su lugar fue ocupado por el vicepresidente, Carlos Pellegrini. La continuidad constitucional fue preservada y el PAN se mantuvo en el poder, pero las bases concretas y simbólicas sobre las que el régimen conservador asentaba su funcionamiento se vieron considerablemente afectadas. No sólo emergieron cuestionamientos y desafíos de diverso tenor —desde fracturas en el sistema de control electoral hasta nuevas insurrecciones armadas que se verificaron, esta vez, en las provincias—, sino que resultó lesionada asimismo la noción de *orden público* que la elite gobernante defendía con obsesiva preocupación. Para los hombres del PAN, el orden y la estabilidad institucional aparecían como condiciones necesarias para consolidar tanto la existencia de un Estado fuerte y eficiente como la formación de una sociedad próspera y moderna. No había espacio dentro de ese esquema de pensamiento para las luchas políticas (vistas como esencialmente disruptivas) ni, mucho menos, para la agitación revolucionaria.²

La literatura especializada no ha dejado de considerar la gravedad de la crisis que se abrió en 1890 y que hizo zozobrar la continuidad del sistema de dominación política que había montado el PAN desde su llegada al poder. Si bien se ha señalado el protagonismo que tuvo la oposición, la atención ha estado puesta por lo general en los conflictos que surgieron en el interior del propio elenco gobernante. La retirada de Juárez Celman de la escena política no conllevó de modo automático el declive de la influencia de sus aliados. Los antiguos juaristas se resistían a abandonar las posiciones conquistadas durante los años previos y rechazaban, ante todo, someterse al liderazgo de Roca. Este último había sido el fundador del PAN y era uno de sus principales dirigentes. Durante su mandato (1880-1886), se habían sentado las bases de importantes transformaciones políticas, económicas y sociales que atravesaba la Argentina. Al sucederlo en la presidencia, Juárez Celman había procurado minar su influencia y ahora Roca se disponía a recuperar la dirección del partido. Esas tensiones —se afirma— dividían y debilitaban al PAN, tornándolo más vulnerable a los desafíos externos.³

2 Botana, 1994, 164-174; Botana y Gallo, 1997, 28-35; Alonso, 2003.

3 Por ejemplo: Botana, 1994, 173; Gallo, 1997, 57; Gallo, 2000; Alonso, 2010, 263 y siguientes. La instancia de la sucesión presidencial era decisiva para el funcionamiento del régimen y de la política en general. La constitución prohibía la reelección inmediata, de ahí la relevancia que adquiría la definición dentro del PAN del candidato presidencial y la puja que se desataba entre fracciones rivales. En 1886 esa puja se resolvió a favor de Juárez Celman, quien contó al principio con el aval de Roca.

Sin negar la relevancia de tales explicaciones, la perspectiva de análisis que aquí proponemos se inscribe en una dirección complementaria pero diferente. El punto de partida lo constituye la premisa según la cual «la construcción, reproducción y legitimación del poder político involucran no sólo a las dirigencias y a quienes aspiran a serlo sino también al conjunto de quienes forman parte de la comunidad política sobre las que ese poder se ejerce».⁴ Sostenemos, de acuerdo con ello, que las verdaderas implicaciones de la crisis desatada por la Revolución de 1890 no se comprenden si no es tomando en cuenta también, junto con los antagonismos y las disputas que atravesaban a la elite gobernante, el proceso de ampliación y diversificación que experimentó la vida política en torno de esa coyuntura.⁵ Especialmente en la ciudad de Buenos Aires, la quietud que había caracterizado los primeros diez años de supremacía del PAN fue reemplazada por una intensa movilización política en la que tomaron parte actores variados, a través de múltiples modalidades de acción y en ámbitos también diversos. Si bien ese proceso de diversificación de la vida política no provocó, es cierto, el derrumbe del régimen conservador, sí colaboró decisivamente en la fragmentación de la escena política y en impulsar la transformación (en el sentido de una apertura gradual y controlada) que aquella iba a registrar a comienzos del siglo XX.⁶

En función de esas coordenadas de análisis y del cambio de mirada que sugerimos, este artículo aborda un momento en particular de la compleja situación creada por la fallida rebelión de la Unión Cívica. Se trata del momento inicial, el que siguió a la derrota y la capitulación de las fuerzas revolucionarias. La ciudad quedó sumida en la incertidumbre. Había sido declarado el estado de sitio y circulaban rumores de todo tipo que no hacían más que incrementar la desconfianza de la población. Sin embargo, en el lapso de unos pocos días la inquietud dejó paso al «inmenso júbilo popular» ocasionado por la noticia de la renuncia del presidente Miguel Juárez Celman, sucediéndose actos y demostraciones celebratorias de tal desenlace. El congreso nacional había desempeñado durante esos días un

4 Sabato, 2007, 86. Hemos utilizado esa misma premisa en otros trabajos, por ejemplo: Rojkind, 2012.

5 Acerca de esta perspectiva ver los trabajos sobre el caso argentino contenidos en los volúmenes colectivos coordinados por Sabato y Lettieri (comps.), 2003; Malamud y Dardé (eds.), 2004; Chust y Marchena (eds.), 2008; Irurozqui y Galante (eds.), 2011.

6 Sobre la diversificación y la intensificación de la vida política a partir de la crisis de 1890, ver Gallo, 1980. Acerca de la transformación política que desembocó en la reforma electoral de 1912 y, con ello, en el ocaso del régimen conservador, véase Botana, 1994, 217 y siguientes.

papel crucial: no sólo había actuado como el centro de las negociaciones que desembocaron en la dimisión de Juárez Celman, sino también como el ámbito en el que se pronunciaron una serie de discursos de alto impacto que contribuyeron a alimentar la efervescencia política en Buenos Aires. Asimismo, la prensa opositora intervino con su prédica para instalar la idea de que el alejamiento del Presidente constituía un «triunfo» de la opinión pública y que ese triunfo entrañaba la promesa del comienzo de una «nueva era constitucional» en la que los gobernantes habrían de obrar con acuerdo a las leyes y en beneficio del pueblo.

Rápidamente ese discurso acerca del momento «excepcional y único» que se inauguraba con la marcha de Juárez Celman habría de diluirse en medio de las dificultades económicas que no cedían y de una situación política que se volvía cada vez más endeble. El período entre 1890 y 1895 estuvo marcado por nuevos ciclos de protesta y movilizaciones opositoras, así como por la incapacidad del oficialismo para recomponer un orden político estable. Es justamente por ese motivo que nos interesa detenernos a observar el primer momento en torno a las circunstancias creadas por el estallido revolucionario y sus consecuencias inmediatas, la más importante de las cuales fue —claro está— la renuncia presidencial. Confluyeron entonces los debates parlamentarios, los comentarios periódicos y las manifestaciones callejeras para ahondar las grietas que el alzamiento armado, no obstante la derrota sufrida, había conseguido abrir en la legitimidad del régimen de hegemonía gubernamental impuesto por el PAN.⁷

La caída del presidente Juárez Celman: rumores, expectativas y celebraciones

La Revolución de 1890 intentó ser un movimiento de impugnación al exclusivismo político que ejercían los gobiernos del PAN desde 1880. El alzamiento armado se hizo en nombre de la Constitución y con el objetivo declarado de «restaurar» las tradiciones de participación política, de ejercicio de las virtudes cívicas y de ruidosa competencia democrática que

⁷ Botana, 1994, II. Sobre la confluencia entre debates parlamentarios, intervenciones periódicas y participación política popular, hemos encontrado inspirador un trabajo de Pablo Piccato referido a los motines de la deuda inglesa en ciudad de México, en el año 1884. Piccato, 2003.

—según la mirada nostálgica e idealizada de los opositores— diez años de vigencia del régimen conservador habían terminado por ahogar. La agrupación que dirigió la rebelión, la Unión Cívica, estaba integrada por miembros de los viejos partidos políticos porteños que poco tenían en común entre sí, excepto el hecho de haber sido marginados del poder por el advenimiento del PAN al centro de la escena. A ellos se les sumaron un grupo de estudiantes universitarios y también algunos sectores militares, tanto del Ejército como de la Armada. La junta revolucionaria planeaba derrocar a Juárez Celman por la fuerza e instalar un gobierno provisional que en un plazo de tres meses debía llamar a elecciones generales, libres y transparentes. Como ya indicamos, la rebelión fue sofocada, dejando los combates un saldo de alrededor de mil víctimas, entre heridos y muertos de ambos bandos. Tras el desarme de las tropas rebeldes, el gobierno garantizó una amnistía general para todos los insurgentes.⁸

Las crónicas de la época destacaban la inquietud que se había apoderado de los porteños en los momentos que siguieron al fracaso revolucionario. «La atmósfera estaba llena de zozobras», anotaba un testigo. Había sido declarado el estado de sitio y regían, por lo tanto, limitaciones al derecho de reunión y a la difusión de noticias. La escasez de información agudizaba la intranquilidad general. Casi todos los diarios habían tenido que interrumpir su aparición iniciada la rebelión y sólo volvieron a publicarse varios días después. Era un contexto propicio para que se propagaran rumores de todo tipo, siendo esparcidas las noticias más estrafalarias «por malicia, por lucro y hasta por pasatiempo. Circulaban hojas anónimas con hechos ciertos revueltos con invenciones de una inverosimilitud grosera». Se hablaba de grupos de soldados y de bandas de ladrones armados que cometían asaltos en los suburbios, se especulaba con una abrupta subida del precio del oro y comenzaban a oírse también, aunque todavía sin que se les diera demasiado crédito, rumores sobre una eventual renuncia del presidente. A pesar de que la revolución había sido finalmente dominada, Juárez Celman estaba muy desprestigiado. La insurrección había dejado al descubierto tanto la falta de disciplina que existía dentro de las fuerzas armadas como la impericia del gobierno a la hora de desactivar los planes revolucionarios de la Unión Cívica. Además, Juárez Celman había tomado la decisión equivocada de ausentarse de Buenos Aires —la capital federal— durante los combates, dejando en manos de

8 Alonso, 2000.

otros, como el vicepresidente Carlos Pellegrini y el entonces senador Roca, la gestión de la situación.⁹

A partir de entonces, la atención se concentró en el Legislativo. El 30 de julio, tras la capitulación de las fuerzas revolucionarias, se reunieron las cámaras de Diputados y Senadores para sesionar. En el Senado, el representante por la provincia de Santa Fe, Manuel Pizarro, pronunció un discurso que tuvo gran repercusión dentro y fuera del recinto. Pizarro pintó un cuadro desolador en el que las finanzas estaban arruinadas, el crédito público y privado debilitados, el comercio agonizante; la libertad política suprimida, «en una palabra, [...], las instituciones representan entre nosotros un montón de escombros como los que acaba de hacer el cañón en nuestras calles». En esas circunstancias, agregó que no alcanzaban las palabras ni el estado de sitio para pacificar al país, sino que se requería algo más: un «gesto de patriotismo» como podía ser la renuncia del titular del Ejecutivo. «La revolución está vencida», advirtió Pizarro, «pero el gobierno está muerto».¹⁰

El diario *La Nación* reprodujo al día siguiente el texto completo de la intervención de Manuel Pizarro en el Senado. El gobierno reaccionó mandando secuestrar la edición del periódico y quitándola de circulación, pero ya era tarde: «la frase [...] corría de boca en boca». Mientras en las altas esferas de la política se aceleraban las gestiones para forzar la dimisión de Juárez Celman, aumentaban asimismo las expectativas políticas de la población. Los juaristas intentaron organizar un nuevo gabinete de coalición que diera cabida, incluso, a representantes de la oposición, pero sin el apoyo de su propio partido el presidente no tardó en perder la exigua autoridad que le quedaba. El congreso devino entonces en el centro neurálgico de las negociaciones entre los diversos sectores que pugnaban por hacerse con el dominio de la situación, especialmente el grupo de los anti-juaristas dentro del PAN al frente del cual se encontraban Roca y el vicepresidente Pellegrini. En ese contexto de negociaciones, constantes rumores y creciente expectativa, el edificio del congreso se convirtió en «un hervidero de gente de todas las opiniones», mientras afuera, en la Plaza de Mayo, se iban formando grupos de varios centenares de personas deseosas de enterarse de las últimas novedades.¹¹

⁹ Balestra, 1986, 149. Para un análisis de la crisis económica de 1890, véase Gerchunoff, Rocchi y Rossi, 2008, 77 y siguientes. Sobre desprestigio en que se encontraba Juárez Celman: Alonso, 2000, 91 y 92.

¹⁰ *La Nación*, 1 de agosto de 1890.

¹¹ Balestra, 1986, 149 y 154; Alonso, 2000, 92. La Plaza de Mayo era (y sigue siendo) el centro cívico y político de Buenos Aires y del país en su conjunto. Los poderes públicos tenían su sede en torno a la plaza, entre ellos el poder ejecutivo nacional (la casa de gobierno) y el congreso.

La tensión llegó a su punto máximo el miércoles 6 de agosto. Luego de una semana de tentativas estériles por sumar los respaldos necesarios para continuar en el gobierno, Juárez Celman se vio forzado a enviar su dimisión al congreso. Rápidamente, senadores y diputados se constituyeron en asamblea legislativa para tratar y, según todo hacía presumir, aprobar la renuncia presidencial. Se estaba frente a una situación inédita en la historia institucional del país (por lo menos, desde la sanción de la constitución nacional en 1853) y no exenta —por cierto— de una carga considerable de dramatismo. La sesión, presidida por Roca, incluyó discursos apasionados tanto a favor como en contra del alejamiento de Juárez, y fue presenciada por una barra numerosa que, a pesar de las recomendaciones que recibía, no evitó las exclamaciones, los aplausos ni tampoco los abucheos. Una de las intervenciones que más agitación causó fue la de Dardo Rocha, senador por la provincia de Buenos Aires. Sin rodeos, Rocha sostuvo que el presidente Juárez Celman había demostrado su incapacidad para «afrentar los grandes y pavorosos problemas que se presentan en la actualidad y cuya solución pone en peligro, no sólo la Constitución, sino la nacionalidad y tal vez la integridad de la Patria». Siendo así, concluyó, no quedaba sino aceptar la dimisión y hacerlo además de manera unánime, puesto que se trataba de «una suprema necesidad reclamada por el bien público».¹²

La votación no fue unánime pero sí ampliamente favorable a la renuncia. En la Plaza de Mayo se había congregado una multitud ansiosa de conocer el resultado y «minuto por minuto el público aumentaba». Había —según las crónicas— entre cuatro mil y seis mil personas, hombres (y también mujeres) «de todas las clases, nacionales y extranjeros». La policía hizo desalojar el frente del edificio del congreso, pero no pudo impedir que los grupos siguieran ocupando las calles adyacentes. Finalmente, pasadas las cinco de la tarde, se confirmó la noticia de que la Asamblea Legislativa había aprobado la dimisión de Juárez Celman y «poco después la ciudad trepidaba: los rugidos de la plaza se dilataron en un instante por todos rumbos». De ahí en adelante, los relatos muestran que la inquietud y la zozobra de los días previos se convirtieron en expresiones de alegría que fueron ganando intensidad con el correr de las horas y que no cesaron

12 *La Nación y La Prensa*, 7 de agosto de 1890. Dardo Rocha era un político de importante trayectoria. Había pertenecido al PAN pero se había alejado en 1886, a raíz de la disputa por la sucesión presidencial de Roca que finalmente ganó Juárez Celman. Desde entonces integraba las filas opositoras.

durante la noche. Se improvisaron demostraciones y tribunas. El público acudió presuroso a festejar en las redacciones de los diarios opositores y a saludar a personalidades destacadas de la actualidad política. Se daban vivas a la patria y a la libertad. Incluso «en algunos templos se echaron a vuelo las campanas; bombas y cohetes explotaban por todas partes; en los cafés y restaurantes, desiertos durante tantos días, no había sitio para acomodar tanta gente; las casas abrían sus puertas, banderas e iluminaciones asomaban por distintos lados; por do quiera se formaban animados corrillos; y en general la ciudad despertaba alegre y bulliciosa de su letargo anterior».¹³

El clima de fiesta continuó al día siguiente. Desde las primeras horas de la mañana las calles volvieron a llenarse de gente. La toma de posesión del mando por parte del vicepresidente Pellegrini fue, según los relatos, «un acto desbordante». Una manifestación lo escoltó en el trayecto desde su domicilio hasta la casa de gobierno, convirtiendo la afluencia de público a la calle Florida en «una inmensa ola popular». Y al llegar a destino el espectáculo se tornó aún más imponente, porque «no sólo en la plaza de Mayo, sino en las azoteas, en los balcones, encaramados en las ventanas, sobre los coches de los tranvías detenidos para utilizarlos como palcos, en los carros del tráfico», invadidos por los grupos de curiosos, una inmensa muchedumbre, excitada, alegre, bulliciosa, esperaba la llegada del doctor Pellegrini, prorrumpiendo de vez en cuando en expresiones de júbilo.¹⁴ Ante la multitud que lo aclamaba, Pellegrini ordenó abrir las puertas de la casa de gobierno y dispuso que la guardia presidencial se retirara. Durante varias horas, un «inmenso gentío» recorrió los salones del edificio. Los visitantes «ocupaban los sillones ministeriales, iban de un lado al otro, sin cansarse de ver e imaginar». El flamante mandatario se asomó además al balcón gubernamental y desde allí se dirigió al público congregado en la plaza. Prometió una gestión de «honradez y patriotismo», basada en el respeto por la constitución y las leyes, así como en el apoyo de la opinión pública. El entusiasmo popular alcanzó entonces un momento de verdadero «paroxismo».¹⁵

¹³ *La Nación*, 7 de agosto de 1890; Balestra, 1986, 174; Carrasco, 1947, 29; Ibarguren, 1969, 98; Landerberger y Conte, 1890, 263; Cárcano, 1965, 170.

¹⁴ *La Prensa*, 8 de agosto de 1890. Carlos Pellegrini era igualmente un notable de la política. Su figura habría de cobrar creciente relevancia en los años siguientes hasta convertirse en una influencia dominante dentro y fuera del PAN. Estableció con Roca una alianza que resultó por demás efectiva hasta su rompimiento a principios del 1900. Ver Gallo, 1997.

¹⁵ Ramos Mexía, 1936.

El triunfo de la *opinión*. Movilización política y promesas de cambio

La violencia revolucionaria no era una dimensión ajena al conjunto de prácticas, ideas y valores que nutrían la vida política porteña a fines del siglo XIX. Se trataba, por el contrario, de una tradición política fuertemente arraigada a la que en más de una oportunidad habían acudido diversos sectores para impugnar el proceder de autoridades a las que se acusaba de despóticas o ilegítimas. La figura del ciudadano en armas y la representación de la revolución como último recurso frente a las violaciones constitucionales y, en particular, del derecho de sufragio que ésta consagraba, habían sustentado el desenvolvimiento de un ciclo de rebeliones en el marco del cual es posible situar también el levantamiento de la Unión Cívica.¹⁶ Sin embargo, incluso en ese contexto, es importante tener presente que la revolución de 1890 impactó de un modo especial en la percepción que de ella se hicieron los contemporáneos. En primer lugar, porque a diferencia de lo que había sucedido en otras circunstancias esta vez los enfrentamientos armados tuvieron lugar en las calles céntricas de la ciudad. El parque de artillería, la plaza Lavalle y la plaza Libertad fueron el escenario de los combates. Y en segundo lugar, porque el uso de la violencia revolucionaria chocaba con la concepción que especialmente la elite gobernante defendía acerca de la preeminencia del orden como condición y garantía para el *progreso* del país. Desde la perspectiva de los hombres del PAN, la violencia pertenecía a un pasado de guerras civiles, rebeliones y conflictos que habían retrasado tanto la organización político-institucional como la modernización económica, social y cultural del país. Resultaba inconcebible, desde ese punto de vista, que la acción armada volviera a irrumpir en la escena política, sobre todo en Buenos Aires, porque, al ser ésta la capital del país y una ciudad que crecía velozmente, funcionaba también (o debía hacerlo) como la vidriera a través de la cual exhibir ante el mundo las transformaciones y los adelantos conseguidos.¹⁷

La bibliografía ha abordado en diversos momentos el análisis del debate que se suscitó hacia 1890 a propósito del carácter lícito o no del uso

¹⁶ Acerca de la noción de *ciudadanía en armas*, ver los trabajos de Hernández, 1993; Peralta, 1999; Hebrard, 2002; Thibaud, 2003; Macías, 2007; Irurozqui, 2009. Sobre violencia revolucionaria en el Buenos Aires de la segunda mitad del siglo XIX, véase también Sabato, 2002 y 2008.

¹⁷ Alonso, 2000, 87. La ciudad de Buenos Aires había sido federalizada en 1880 y convertida en capital de la República. Experimentaba hacia fines del siglo XIX una rápida transformación como consecuencia de la cual habría de convertirse en una metrópoli moderna y cosmopolita. Conviene anotar aquí que la ciudad tenía en 1895 más de 600 mil habitantes. Romero, 2007, 247 y siguientes.

de la violencia revolucionaria.¹⁸ Se ha dedicado menos atención, en cambio, a explorar la manera en que circuló y cristalizó entonces la idea de que lo que había comenzado como la sublevación armada de la Unión Cívica, se había transformado luego en un movimiento más abarcador, del que era protagonista el pueblo todo y que implicaba, por lo tanto, una «fuerza poderosa e incontrastable» ante la cual el presidente Juárez Celman no había tenido otra alternativa que inclinarse. Esa imagen fue la que permitió que se hablara en aquel momento de un triunfo y de los augurios de «regeneración política y moral» que el mismo presuntamente conllevaba.¹⁹ Nuestra intención es observar el modo en que se articularon espacios, palabras y acciones para producir esa sensación de un movimiento amplio y victorioso, y tratar de distinguir asimismo el efecto corrosivo que todo ello tuvo respecto de la legitimidad del orden político instituido por el PAN.

Hemos señalado ya el papel destacado que cumplió el Legislativo en el marco de la complicada situación que la insurrección había abierto en el panorama político e institucional. El congreso tenía una función que desempeñar y, de hecho, así lo hizo. Avaló la declaración de estado de sitio que el gobierno había decretado el 26 de julio de 1890, y, luego, tal como preveía la constitución, aprobó la renuncia presidencial el 6 de agosto. Pero, más allá de eso, lo que nos interesa subrayar aquí es que, tal como apuntó un testimonio de la época, el congreso sirvió en aquella coyuntura «no sólo de parlamento, sino de comité y de prensa».²⁰ Las crónicas son elocuentes al respecto. Dentro y fuera del edificio el movimiento era constante,

[...] los patios y galerías de la casa se encontraban ocupados por crecido número de personas que iban en busca de noticias. Se había esparcido en el pueblo la noticia de que renunciaba el presidente de la república. Los diputados y senadores eran interceptados en cada momento. [...] eran rodeados y asediados a preguntas.²¹

La ausencia de diarios y las dificultades para la circulación de la información, incrementaban —como ya indicamos— la ansiedad del público.

18 Por ejemplo: Alonso, 2000, 149-163; Botana y Gallo, 1997, 40.

19 *La Prensa*, 7 y 8 de agosto de 1890. Sobre el concepto de regeneración en el sentido de obra reparadora de los agravios que supuestamente los gobiernos del PAN habían infringido a las tradiciones e instituciones políticas de la República, véase Botana, 2005, 123; Alonso, 2000, 149-152. Se trataba de una noción compleja, surgida en realidad de una mezcla de ideas disímiles. Puede consultarse también Hirsch, 2012. Para una perspectiva más amplia sobre el clima de ideas en el Buenos Aires de fines del siglo XIX, ver Terán, 2000.

20 Balestra, 1986, 154.

21 *La Nación*, 7 de agosto de 1890; *La Prensa*, 6 y 7 de agosto de 1890.

Muchos intentaban tener acceso a la barra para poder presenciar las sesiones en las que, se sabía, se estaba definiendo el futuro político del país. Pero la gran mayoría tuvo que conformarse con permanecer en los alrededores del congreso, en la Plaza de Mayo y en las calles circundantes. Las descripciones insistían en marcar que «la lluvia y el frío no eran parte a impedir que aumentase [...] esa concurrencia», la cual —por otra parte— se fue renovando a lo largo de varios días. ¿Quiénes conformaban esa multitud? Ésa es, como siempre, una pregunta difícil de responder. Los relatos hablaban de «personas de todas las clases y todas las condiciones sociales». Se mencionaba la presencia de grandes y pequeños comerciantes, de gente vinculada a la banca y a la Bolsa, de empleados y trabajadores. Evidentemente, la crisis económica había contribuido a crear también el trasfondo de esa movilización. No sólo se habían producido gran cantidad de quiebras de instituciones bancarias, con el consiguiente desfile de ahorristas empobrecidos, sino que también muchos comercios habían tenido que cerrar sus puertas al igual que lo hacían fábricas y talleres, estando paralizada la construcción. El impacto social de la crisis fue muy fuerte y en ese sentido deben leerse las alusiones a «empleados impagos» y a la aparición de «gente hosca, dolorida, de lenguaje rudo y aspecto roto», que —especulaban las crónicas— ignoraba los pormenores de la discusión política, pero estaba convencida de que sus padecimientos iban a terminar con la caída de Juárez Celman. La heterogeneidad era, por lo tanto, un rasgo que las descripciones recalcan, si bien al mismo tiempo tendían a subsumir esa diversidad bajo la figura del *pueblo*, un pueblo expectante y dispuesto a movilizarse para asistir e incluso tomar parte activa en el desenlace del «drama político» que la revolución había desencadenado.²²

En todo caso, un punto que merece la pena marcarse es el hecho de que al menos una parte de esa concurrencia pareció haber encontrado en la palabra de algunos legisladores una referencia significativa para interpretar lo que estaba sucediendo y para actuar en consecuencia. Los debates parlamentarios solían tener cierta repercusión a través, fundamentalmente, de los extractos que publicaban los diarios de las sesiones en ambas cámaras. Esta vez, sin embargo, todo indica que el impacto de lo que se dijo en el

²² *La Prensa*, 8 de agosto de 1890; *La Nación*, 7 y 8 de agosto de 1890; *El Diario*, 8 de agosto de 1890. También: Landerberger y Conte, 1890, 263; Balestra, 1986, 165, 174; Sáenz Hayes, 1960, 183 y 184. En relación con el impacto social de la crisis económica de 1890, ver Suriano, 2003. Acerca de la representación de «el pueblo» como heterogéneo y, a la vez, único, indivisible y virtuoso, véase Sábato, 2009.

congreso fue mayor y que ciertas intervenciones operaron como un incentivo para las reuniones y demostraciones callejeras. En particular, el «discurso bomba» del senador Pizarro, aquél en el que por primera vez se planteó expresamente la posibilidad (y la conveniencia) de la renuncia presidencial, se convirtió —en opinión de protagonistas y testigos de los eventos de esos días— en «el golpe de gracia asestado a la bamboleante situación».²³ La censura gubernamental (el haber quitado de circulación la edición de un diario que reproducía el discurso) sólo sirvió, como vimos, para acrecentar la intranquilidad popular. A partir de entonces, «la vida normal de la ciudad quedó suspendida y pendiente de las resoluciones del congreso, de las negociaciones políticas que se hacían y de la confirmación o desmentida de la tan anhelada renuncia». Los discursos pronunciados durante la reunión de la asamblea legislativa tuvieron asimismo un efecto considerable. «Es tiempo de salvar al país antes que todo», manifestó Dardo Rocha y con sus palabras alentó las celebraciones que se desataron cuando la noticia de la aceptación de la renuncia de Juárez Celman fue conocida por el público que aguardaba en la Plaza de Mayo. Rocha estuvo también entre los oradores cuya palabra fue requerida por la multitud exultante. La tarde misma de la votación en el congreso, cuando los festejos habían ganado ya las calles de la ciudad, una manifestación acudió a la casa del senador para saludarlo y pedirle que hablara. Rocha felicitó al «pueblo de Buenos Aires» por la lucha que había librado contra las «camarillas inconscientes» y en defensa de su libertad. «Se puede hacer presidentes», sostuvo, «se puede improvisar gobiernos, pero no se puede gobernar sin opinión». Era un discurso dirigido a trazar una continuidad entre la insurrección armada con que la Unión Cívica había buscado deponer al gobierno de Juárez Celman y las manifestaciones populares que tan sólo unos días después celebraban la decisión del congreso de aprobar la retirada del mandatario.²⁴

Hasta cierto punto, por lo tanto, la oratoria de algunos legisladores parece haber funcionado como el combustible de la movilización callejera que alteró el ritmo cotidiano de la ciudad. En igual sentido, y en realidad con más contundencia, obró la prensa. El mundo periodístico porteño se encontraba a fines del siglo XIX en proceso de transformación. Continuaban existiendo, como en las décadas anteriores, los diarios que

²³ *La Nación*, 7 de agosto de 1890. Sobre la posibilidad de que los debates parlamentarios funcionaran como fuente de energía de la protesta callejera seguimos a Piccato, 2003.

²⁴ *La Prensa*, 7 de agosto de 1890; *La Nación*, 7 de agosto de 1890.

eran instrumento de un determinado partido o de una fracción política. Tal era el caso, por ejemplo, de las publicaciones que respondían a los diversos sectores dentro del PAN: el juarismo financiaba y tenía como sus voceros a *Sud-América* y *La Argentina*. Pero esa forma de periodismo convivía con otras modalidades propias de la acelerada modernización que comenzaba a experimentar el campo. *La Nación* y, sobre todo, *La Prensa* —los dos matutinos de mayor circulación e influencia— incorporaban nuevas técnicas y formatos, sin por ello abstenerse de expresar sus opiniones y juicios (en general, críticos de los gobiernos del PAN) ni tampoco de actuar como forjadores de la misma opinión pública que afirmaban representar.²⁵ Ambos periódicos habían colaborado con su prédica en la gestación del clima previo al estallido revolucionario, habían elogiado la formación de la Unión Cívica como una alternativa opositora al dominio del PAN y habían contribuido a divulgar las acusaciones de arbitrariedad, corrupción y despotismo que se le hacían a la administración de Miguel Juárez Celman.

Cuando se inició la rebelión, entró en vigencia el estado de sitio y junto con él las limitaciones a la libertad de expresión. Los diarios vinculados con el gobierno no sufrieron censura y continuaron apareciendo, pero precisamente por eso las repercusiones que obtenían eran limitadas. El 31 de julio, por ejemplo, *La Argentina* publicó un manifiesto que llevaba la firma del presidente y en el cual se procuraba desautorizar el levantamiento armado. El documento no alcanzó mayor trascendencia puesto que «fuera de algunos partidarios del gobierno, era común no leer los periódicos oficialistas. [...] En realidad, no sólo el público sino también el gobierno carecían de prensa, por haberla suprimido a la de prestigio el estado de sitio, y a la oficialista su impopularidad».²⁶ La cercanía del público con la prensa «independiente» (independencia en el sentido de ausencia de lazos de subordinación con el poder político) quedó demostrada en más de una oportunidad. Cuando las restricciones cedieron y los diarios pudieron reto-

25 Sobre la expansión de la prensa en Buenos Aires a fines del siglo XIX y comienzos del XX, ver —entre otros— Safta, 1998, 30-38; Gallo, 2000; Alonso, 2010, 45-55. *La Nación* era en cierta medida un diario político (funcionaba como vocero del mitrismo), pero aspiraba también a seguir el ritmo de las transformaciones en el campo periodístico. *La Prensa*, por su parte, lideraba esos cambios, estaba a la vanguardia de la modernización y carecía —al mismo tiempo— de una filiación partidaria concreta. Zimmermann, 1998; Rojkind, 2012.

26 Balestra, 1986, 150 y 151; en el mismo sentido: Rivero Astengo, 1944, 529; Sáenz Hayes, 1960, 142. Como referencia, puede ser útil comparar las tiradas respectivas de los diarios oficialistas y opositores: en 1887 *Sud-América*, el órgano del juarismo, imprimía alrededor de cinco mil ejemplares por día, frente a los dieciocho mil de *La Nación* y *La Prensa*. Alonso, 1997, 49.

mar la publicación de notas y opiniones políticas, las ediciones tendieron a agotarse. Pero, además, durante las manifestaciones callejeras que siguieron a la aceptación por parte del congreso de la dimisión de Juárez Celman, los grupos movilizados acudieron a las imprentas de los periódicos para saludarlos y para pedir que algún integrante de la redacción les dirigiera la palabra. Un joven redactor de *La Prensa*, Tomás Le Breton, encendió con sus palabras «el fervor del auditorio». Destacó la conveniencia de conservar hacia el futuro la «templanza» propia de los vencedores, pero sin dejar de señalar también que frente a los «abusos» del poder la única opción válida era «salir en defensa de los derechos populares y, con ellos, de la dignidad de la patria». ²⁷ Escenas como esa se reiteraron frente a los edificios de *La Nación* y *El Diario*. La prensa funcionaba, por lo tanto, como una referencia ideológica y espacial para los habitantes de la ciudad. ²⁸

Además, la relevancia del papel que desempeñaban los diarios se vinculaba con la facultad que tenían de producir imágenes e interpretaciones sobre lo que estaba sucediendo. Las crónicas periodísticas combinaban la descripción de los acontecimientos de esos días con el análisis que de los mismos hacía cada diario en función de su respectiva orientación política. Nos interesa observar aquí el punto de vista que desarrollaron aquellos órganos que se esforzaban por demostrar que eran los portavoces del pueblo y quienes podían ayudarlo en la lucha contra los gobernantes «extraviados». ²⁹ En esa clave, especialmente *La Prensa* y *La Nación* se empeñaron en proyectar la idea del triunfo popular gracias al cual podría completarse la obra regeneradora que la revolución, «vencida en el terreno de los hechos», no había alcanzado a consumir. Ambos diarios caracterizaban al gobierno de Juárez Celman como aislado de la «opinión sana» y conformado por un estrecho círculo de funcionarios egoístas, dedicados a promover sus propios intereses en vez de cumplir con «los deberes y las responsabilidades que les imponía la misión que habían aceptado de sus conciudadanos». Esa definición no era ingenua ni neutral, pero se correspondía con

²⁷ Citado en Sáenz Hayes, 1960, 183; *La Prensa*, 7 de agosto de 1890. Tomás Le Breton había participado como joven universitario de la fundación de la Unión Cívica y continuaría teniendo un activo desempeño en la oposición al PAN.

²⁸ *La Nación*, 7 de agosto de 1890; Balestra, 1986, 177. Aunque de menor circulación, *El Diario* era un componente de peso en el mundo periodístico porteño, y había asumido respecto del juarismo una posición fuertemente crítica. Sobre los diarios como referencia espacial e ideológica en la ciudad moderna, ver Ryan, 1997, 13.

²⁹ Acerca del rol de los diarios modernos como conciencia o voceros del pueblo, véase Barth, 1980, 96.

ciertos rasgos del estilo de ejercicio del poder de Juárez Celman. Su carrera política había sido veloz y ascendente, primero en su provincia natal — Córdoba— y luego en el escenario político nacional. Cuando accedió a la presidencia de la República, en 1886, tenía sólo cuarenta y tres años, y estaba rodeado de un grupo de colaboradores igualmente jóvenes y ansiosos de apresurar la modernización de la Argentina. Dentro del PAN, Juárez Celman buscó afianzar su dominio y el de sus partidarios en detrimento de posibles competidores. Procuró para eso desplazar a los roquistas de posiciones de poder y se erigió en jefe único del partido. Respecto a la oposición, los juaristas optaron por menospreciarla y ridiculizarla. Ya fuera la iglesia católica (con la que estaban enfrentados) o los grupos políticos porteños que el PAN había derrotado hacia 1880, la estrategia consistía en describirlos como retrógrados, ineptos y carentes de verdadera significación política. La prensa oficialista era el canal principal a través del cual se planteaban estas caracterizaciones. Las denuncias sobre ausencia de vida cívica, fraude electoral, corrupción, etcétera, no merecían —desde la perspectiva del juarismo y sus voceros— respuesta alguna.³⁰

Frente a la prédica de los hombres del PAN, centrada en las nociones de orden, progreso y bienestar económico, el discurso crítico del *unicato* (como se denominó en la época al estilo político impuesto por Juárez Celman) hizo hincapié en la necesidad del involucramiento de la población en los asuntos de interés público, puesto que —se afirmaba— esa era la única garantía de honradez y moralidad por parte de las autoridades. El periodismo opositor, en particular, formuló enfáticas apelaciones para que se concretara lo antes posible el renacimiento de la actividad política que los gobiernos del PAN habían intentado suprimir. En el marco de ese tipo de apreciaciones había lugar para una mirada benévola acerca de la acción revolucionaria. Pero, ante todo, los diarios se ocuparon de enfatizar lo que a su juicio había sido el «gran acontecimiento» de las jornadas de julio, y el auténtico motivo de festejo. La idea de triunfo moral asomó con fuerza y la prensa no ahorró páginas ni tinta para insistir sobre ella. La revolución —se decía— había fracasado en el terreno de las armas, pero se había producido una victoria más trascendente e irrefutable, como era la del «poder

³⁰ Alonso, 2003, 41-54; Botana y Gallo, 1997, 36. Desde la perspectiva de los hombres del juarismo, la actividad política era anacrónica en el marco de la carrera hacia el crecimiento económico y la transformación social en que ellos creían haber situado a la Argentina. En su último libro Paula Alonso introduce algunos matices importantes en la caracterización del estilo político de Juárez Celman, véase Alonso, 2010, 355-357.

moral de la opinión».³¹ En ese contexto corresponde ubicar, por ejemplo, las alabanzas al público que, haciendo caso omiso a las inclemencias del tiempo, había permanecido durante días apostado frente al congreso, aguardando la confirmación de la noticia de la renuncia de Juárez Celman. Y en un sentido similar deben leerse las formulaciones sobre una nueva era constitucional que, supuestamente, el alejamiento del ex presidente inauguraba. Desde esa perspectiva, el hecho de que el poder lo asumiera el vicepresidente Carlos Pellegrini, si bien afianzaba la continuidad del dominio del PAN, contenía promesas de «regeneración» que solo podían ser celebradas. «El momento es excepcional y único en la historia del pueblo argentino», sostenía *La Prensa*.

El periodismo participó activamente, entonces, en la edificación de la imagen de un triunfo aún más importante que el de las armas y que el pueblo todo había conquistado con su empuje y su perseverancia. Esa imagen impregnó también, como no podía ser de otro modo, las crónicas que los diarios hicieron de la votación en el congreso para aprobar la renuncia de Juárez Celman a su cargo y de las manifestaciones callejeras subsiguientes. Dos aspectos sobresalen en esas descripciones. De un lado estaba la reiterada mención al «inmenso júbilo» que reinaba entre la gente movilizada, las referencias al «desborde de vida, alegre y ruidosa», que se observaba en las calles más céntricas y hasta en los suburbios de la ciudad. Es importante anotar que cuando se cruzan estos relatos con los que hicieron otras voces (las de protagonistas y testigos de los sucesos de aquellos días), ni el tono ni el contenido cambian demasiado y el tópico de la alegría prevalece.³² De otro lado, destacaba en las crónicas periodísticas la cantidad de manifestantes que mencionaban y la diversidad de su condición, el hecho de que hubiera «gente de todas las clases y nacionalidades». Aunque la cuestión de las cifras suele ser discutible y se sabe que las descripciones favorables tienden a inflarlas, puede aceptarse que se movilizaron varios miles de personas. Buenos Aires ostentaba una larga experiencia en el uso de la calle en tanto espacio político donde emitir pareceres y articular reclamaciones. Los hombres del PAN habían apuntado a minar esa tradición, como en general toda forma de participación política popular que entrañara —desde su punto de vista— una amenaza para el orden público y la esta-

31 *La Nación*, *La Prensa* y también *El Diario*, 8 de agosto de 1890. Sobre la noción de *moral* asociada a la crisis política, véase Botana y Gallo, 1997, 35-41; Terán, 2000, 51; Botana, 2005.

32 Por ejemplo: Landerberger y Conte, 1890, 263; Ibarguren, 1969, 98; Carrasco, 1947, 29.

bilidad institucional.³³ En cuanto a la composición de la multitud, hemos indicado ya que, en efecto, la heterogeneidad era una característica en que las descripciones insistían, pero sin por ello dejar de ponderar también la figura del *pueblo* como actor central. En ese marco, no faltan indicios que sugieren presencias y desempeños más concretos. Es el caso de los estudiantes universitarios y los alumnos de los colegios nacionales. Las crónicas exaltaban el protagonismo que les cupo como impulsores de las demostraciones callejeras, es decir, como quienes decidían a dónde marchar, qué consignas entonar, qué blancos elegir para los aplausos y los abucheos, etcétera. La intervención de los estudiantes no sorprende si se toma en cuenta que habían tenido ya un papel señalado en la activación política que preparó el ambiente para el estallido revolucionario de 1890. La movilización de sectores universitarios había servido en aquella oportunidad como impulso para que la oposición al juarismo confluyera finalmente en la formación de la Unión Cívica. Pero, más allá de ese dato, la actuación de los jóvenes es indicativa de un proceso de ampliación y diversificación de la participación política que habría de profundizarse. La circunstancia de que entre los manifestantes hubiera también mujeres, desempleados o extranjeros, nos está hablando de un escenario político en el que empezaban a irrumpir presencias nuevas, las de aquellos que por diversos motivos permanecían alejados de las vías formales de participación política (el voto, esencialmente) y para quienes, por lo tanto, la calle podía resultar un ámbito privilegiado de expresión y de acción.³⁴

Respecto a lo anterior, parece haber influido fuertemente en el ánimo de los manifestantes el afán por romper con la inercia en que había estado sumergida la vida política porteña durante los años precedentes. «La ciudad despertaba alegre y bulliciosa de su letargo anterior. [...] Nadie se estacionaba en sitio determinado sino breves momentos. Era un ansia nunca satisfecha de andar y andar». Todos querían hablar, convertirse por un rato en «tribunos improvisados» y expresar así su punto de vista acerca de lo que estaba sucediendo. Pero también querían escuchar. Un aspecto que las crónicas subrayaban era la formación de grupos de personas que acudían a

33 Sobre la «cultura de la movilización» en Buenos Aires, ver Sabato, 2009, 34-37. Los primeros signos de reactivación política habían asomado en 1889 y a comienzos de 1890, al respecto Hirsch, 2012.

34 Las restricciones para el ejercicio del voto surgían de factores como la edad, el sexo, la nacionalidad, pero no —insistimos— con condiciones censatarias o de capacidad. Las crónicas destacan la participación femenina durante las demostraciones del 6 y 7 de agosto de 1890, por ejemplo: Balestra, 1986, 174.

las casas de personalidades políticas destacadas en búsqueda de voces autorizadas y de oratorias encendidas. Una primera aproximación al lenguaje político que los manifestantes desplegaron durante este continuo circular por las calles de la ciudad puede servir para darnos algunas pistas acerca de cuáles eran sus opiniones y qué sentidos le daban a sus acciones. La lista de personalidades a quienes la multitud saludó y cuya palabra era requerida comprendía a la gran mayoría de los que, con independencia de su filiación política, habían tenido una actuación destacada en la gestión y la resolución de la crisis suscitada por el estallido revolucionario. Entre los destinatarios de aclamaciones y alabanzas figuraban tanto los dirigentes de la Unión Cívica y los líderes del levantamiento armado (Leandro N. Alem, Aristóbulo del Valle, Bartolomé Mitre, Manuel J. Campos) como aquellos que desde las propias filas gubernamentales habían dirigido las negociaciones para acelerar la salida del presidente Juárez Celman (Pellegrini y Roca).

La aparente contradicción que un espectro tan variado de nombres parece encerrar tiende a diluirse si se contemplan dos cuestiones. Primera, el hecho de que los vivas y aplausos derivaban no sólo del reconocimiento a cuantos habían intervenido en la búsqueda de una solución de emergencia que permitiera descomprimir la situación, sino también —y es importante resaltarlo— de las expectativas que estaban puestas en esos mismos hombres para que no rehuyeran la responsabilidad de colaborar en la obra de reconstrucción política y moral del país que supuestamente se iniciaba. Esto último se aplicaba en especial al vicepresidente Carlos Pellegrini. Columnas de manifestantes acudieron en más de una oportunidad a su residencia particular y el día de la asunción, el 7 de agosto, lo escoltaron hasta la casa de gobierno. Es posible conjeturar que el entusiasmo popular que despertaba la toma de posesión del mando por parte de Pellegrini se vinculaba con el clima de redención que el relegamiento de Juárez Celman y el fin del *unicato* parecían anunciar. Del nuevo mandatario se pretendía que estuviera a la altura de las circunstancias, porque «el pueblo argentino tiene derecho a esperar que el ciudadano colocado al frente del gobierno en estos momentos sea el primero en recoger la lección de los acontecimientos y en imprimir a su administración, siquiera sea transitoria, el rumbo que le marcan las grandes aspiraciones nacionales».³⁵ Segunda, así como el fervor popular se repartió entre un abanico considerablemente amplio de diri-

35 *La Prensa*, 7 de agosto de 1890.

gentes políticos de diversa extracción, el rechazo se concentró con análoga intensidad en la persona de Juárez Celman: «ya se fue, ya se fue, el burrito cordobés. Ya se fue, ya se fue, para nunca más volver». Esa frase, co-creada una y otra vez por los grupos de manifestantes, se transformó en la consigna distintiva de las demostraciones. Una revista satírica de apreciable circulación en Buenos Aires, *El Quijote*, había plasmado durante los meses previos un llamativo «bestiario político» entre cuyos personajes se destacaba el de Juárez Celman caracterizado como un burro. Lo interesante es que esa caracterización traspasó las páginas de la revista para convertirse en el lema de las manifestaciones callejeras de los días 6 y 7 de agosto de 1890. Y como complemento de ello, una acción que se reiteró fue la de apagar o directamente romper faroles, no quedando «uno sano, ya fuese del alumbrado público o de los carruajes de plaza». Esto fue así porque, en la iconografía instalada por las caricaturas de *El Quijote*, el farol simbolizaba el carácter incondicional del apoyo que sus «favoritos» le habían tributado a Juárez Celman en su condición de autoproclamado jefe único del partido y del gobierno.³⁶ Fuera de las invectivas contra el mandatario saliente y de los ataques contra los faroles, no se registraron —es cierto— agresiones ni enfrentamientos en las calles de la ciudad. Sin embargo, la violencia no estuvo ausente. Se hizo sentir, por ejemplo, en una serie de frustradas acometidas que los manifestantes efectuaron contra la casa particular de Juárez Celman, donde éste se hallaba recluido junto con familiares y amigos cercanos. Las crónicas transmitían algo de la tensión que se vivía en la residencia al relatar que grupos de manifestantes se detenían frente a los balcones de la casa «repitiendo la cantata injuriosa», teniendo por la noche que ser reforzada la vigilancia en esa cuadra. La agresión contenida, por lo demás, surgía de la propia dinámica de las demostraciones callejeras y se potenciaba con el recuerdo, todavía muy fresco, de los combates que habían tenido lugar tan sólo días atrás en esas mismas calles entre las fuerzas revolucionarias y las tropas gubernamentales.³⁷

Así, en términos del lenguaje de la acción que había caracterizado las manifestaciones, es posible plantear que la noción del triunfo estuvo muy presente, alimentada seguramente por los discursos parlamentarios y las arengas periodísticas, pero también por la experiencia de quienes durante esos días permanecieron ocupando las calles, primero a la búsqueda de

³⁶ Sobre *El Quijote*, véase Román, 2011. Acerca de los ataques a los faroles: *La Nación y La Prensa*, 8 de agosto de 1890; Balestra, 1986, 176.

³⁷ Cárcano, 1965, 170 y 171.

noticias y luego para celebrar la renuncia del presidente. El entusiasmo y la alegría que las crónicas comunicaban no deberían llevarnos a pasar por alto el otro lado de los festejos: los cuestionamientos que encerraban. Tal como iba a quedar demostrado en los meses y años siguientes, la crisis de legitimidad del régimen no se agotaba en el repudio al estilo político de Juárez Celman. La movilización popular continuó y el alborozo que había acompañado a Pellegrini en su asunción del mando no demoró mucho en extinguirse. El día de la toma de posesión, Pellegrini había ordenado abrir las puertas de la casa de gobierno para que el público pudiera ingresar. El gesto estaba cargado de sentidos, apuntaba a trazar un corte abrupto respecto de la gestión de su antecesor y a diferenciarse de él. Las crónicas describían a una multitud que invadió los principales salones del edificio para poder admirar de cerca el lujo que reinaba en ellos y que simbolizaba el divorcio entre el pueblo y los «gobernantes corrompidos». Pellegrini reforzó ese ademán con promesas de una gestión austera y atenta a los requerimientos de la opinión. Pero la iniciativa no estaba exenta de riesgos. Las promesas generaban expectativas. El diario *La Prensa* celebró el gesto del mandatario asegurando que al franquear el acceso a la casa de gobierno se estaba permitiendo, por fin, la entrada de «los aires puros de la libertad» y se habilitaba al pueblo para que ejerciera sus «actos de soberano».³⁸ El problema era que las expectativas no satisfechas podían convertirse en el motor de nuevas protestas.

A modo de conclusión

Hemos procurado mostrar en este trabajo el modo en que en una particular coyuntura, como fue la de los momentos inmediatamente posteriores al fracaso de la Revolución de 1890, se produjo en Buenos Aires una movilización popular que alteró los términos de la discusión política y que tuvo el efecto de traspasar los criterios vigentes sobre participación pública en el marco del régimen conservador. Durante varios días el ritmo cotidiano de la ciudad se vio trastornado, los porteños pasaron de la inquietud provocada por los enfrentamientos armados al alborozo que, a pesar de la derrota de la rebelión, estalló cuando se conoció la renuncia del presidente Juárez Celman. Nos hemos centrado en analizar la confluencia que se

³⁸ *La Prensa*, 8 de agosto de 1890.

registró en ese contexto entre espacios, actores y formas de intervención política, especialmente nos interesó observar el entrelazamiento que se generó a lo largo de aquellas intensas jornadas entre los discursos pronunciados en las cámaras, el papel que cumplió la prensa opositora y la práctica de la manifestación callejera. Hay indicios que permiten sostener que de esa confluencia surgió la idea de un «triumfo de la opinión» que excedía a la derrota del alzamiento revolucionario, y que suponía además la perspectiva de una labor de reparación política y moral que habría de salvar a la República de los males que la afligían.

El propósito del texto ha sido, asimismo, señalar algunas de las implicaciones que esa noción de triunfo popular, proclamada en los discursos y actuada en las calles, poseía en relación con la legitimidad del régimen político que el PAN había montado desde su llegada al poder en 1880. La movilización de aquellos días, en sus diversas modalidades, vino a poner en cuestión el principio de orden público que la elite gobernante esgrimía como fundamento del progreso y la modernización del país, y —por eso mismo— como justificación del monopolio del poder que los hombres del PAN aspiraban a ejercer. La revolución de la Unión Cívica había intervenido ya en esa dirección, tanto por el contenido de las banderas levantadas como por el impacto producido por la irrupción de la violencia armada. Si la rebelión había sido derrotada, la movilización posterior se percibió como una iniciativa más amplia, inclusiva y, sobre todo, victoriosa, todo lo cual tuvo el efecto de ahondar el resquebrajamiento de la legitimidad del dominio del PAN. Es indudable que la renuncia del presidente Juárez Celman, por el propio peso político y simbólico de la medida, contribuyó a instalar esa percepción. Las características del estilo político de Juárez Celman, por otra parte, lo convertían en el blanco predilecto de los cuestionamientos y su renuncia estuvo en gran medida motivada por los conflictos que ese estilo político había engendrado dentro del PAN. Pero la crisis del régimen era más profunda y se vinculaba también con el surgimiento de una movilización política que fue más allá de las formas, los protagonistas y las pautas habituales.

Como ya indicamos, el entusiasmo que acompañó la asunción de Pellegrini en lugar de Juárez Celman no tardó mucho en disiparse. Las complejidades de la situación política y los problemas económicos condicionaron el desenvolvimiento de la nueva gestión. En noviembre de 1890, cuando habían transcurrido sólo algunos meses desde su forzado alejamiento, Juárez Celman recibió una carta de un allegado en la cual se con-

signaba que el error más grande había sido consentir que «a la renuncia de Ud., se permitiese esa escandalosa bacanal por las calles. *El principio de autoridad está quebrado*, ya no se respeta a nada ni a nadie. El pueblo quiere otro carnaval de ocho días y hacer fiestas populares festejando un nuevo gobierno que se derrumba. Los vendedores de diarios pregonaban hoy ¡la renuncia del Presidente Pellegrini! ¿Pero es que no hay policía para reprimir esos desmanes?»³⁹ Pellegrini no tuvo que renunciar, pero por lo menos hasta mediados de esa década la inestabilidad política continuó siendo el patrón dominante. El PAN debió enfrentar múltiples desafíos —en las calles, con las armas y en las urnas—, algunos de ellos realmente serios, y si finalmente el equilibrio pudo ser restablecido fue al precio de una fragmentación de la escena política que habría de crecer hacia comienzos de 1900. El régimen conservador sobrevivió hasta 1916, cuando un partido opositor (la Unión Cívica Radical) se impuso en los comicios y logró acceder a la presidencia de la República, pero la dinámica contestataria que se había iniciado en 1890 continuó funcionando durante todos esos años y contribuyó, tanto como las divisiones y las pugnas internas, a fijar el pulso y el sentido de la transformación.

Recibido el 01 de septiembre de 2012

Aceptado el 16 de octubre de 2012

Bibliografía

- Alonso, Paula: *Jardines secretos, legitimaciones públicas. El Partido Autonomista Nacional y la política argentina de fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Edhasa, 2010.
- Alonso, Paula: «*La Tribuna Nacional, Sud-América* y la legitimación del poder (1880-1890)», *Entrepasados. Revista de Historia*, 24/25, Buenos Aires, 2003, 29-66.
- Alonso, Paula: *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años noventa*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2000.
- Alonso, Paula: «“En la primavera de la historia”. El discurso político del roquismo de la década del Ochenta a través de su prensa», *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. E. Ravignani»*, 15, Buenos Aires, 1997, 35-70.

39 Citado en Rivero Astengo, 1944, 559. El subrayado es nuestro.

- Balestra, Juan: *El Noventa. Una evolución política argentina*, Buenos Aires, La Facultad, 1986.
- Barth, Gunther: *City People. The Rise of the City Culture in Nineteenth-Century America*, New York, Oxford University Press, 1980.
- Botana, Natalio: «El arco republicano del Primer Centenario: regeneracionistas y reformistas, 1910-1930», en Nun, José (comp.): *Debates de Mayo. Nación, cultura y política*, Buenos Aires, Gedisa, 2005, 119-136.
- Botana, Natalio: *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1994.
- Botana, Natalio, y Gallo, Ezequiel: *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Ariel, 1997.
- Cárcano, Ramón: *Mis primeros ochenta años*, Buenos Aires, Ediciones Pampa y Cielo, 1965.
- Carrasco, Ángel: *Lo que yo vi del 80: Hombres y episodios de la transformación nacional*, Buenos Aires, 1947.
- Chust, Manuel, y Marchena, Juan (eds.): *Las armas de la nación. Independencia y ciudadanía en Hispanoamérica (1750-1850)*, Madrid-Franckfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2008.
- Gallo, Ezequiel: «La consolidación del Estado y la reforma política (1880-1914)», en *Nueva historia de la Nación Argentina*, VI, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia-Editorial Planeta, 2000, 511-541.
- Gallo, Ezequiel: *Carlos Pellegrini. Orden y reforma*, Buenos Aires, FCE, 1997.
- Gallo, Ezequiel: «Un quinquenio difícil: las presidencias de Carlos Pellegrini y Luis Sáenz Peña (1890-1895)», en Ferrari, Gustavo y Ezequiel Gallo (comp.), *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1980, 215-243.
- Gerchunoff, Pablo; Rocchi, Fernando, y Rossi, Gastón: *Desorden y progreso. Las crisis económicas argentinas, 1870-1905*, Buenos Aires, Edhasa, 2008.
- Hébrard, Veronique: «¿Patricio o soldado: qué uniforme para el ciudadano? El hombre de armas en la construcción de la nación», *Revista de Indias*, 225, 2002, 429-462.
- Hernández Chávez, Alicia: *La tradición republicana*, México, FCE-El Colegio de México-Fideicomiso Historia de las Américas, 1993.
- Hirsch, Leonardo: «Entre la ‘revolución’ y la ‘evolución’. Las movilizaciones del Noventa», *PolHis. Boletín Bibliográfico Electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política*, 9, 2012 (en prensa), <http://www.boletin.historia.com.ar>
- Ibarguren, Carlos: *La historia que he vivido*, Buenos Aires, EUDEBA, 1969.
- Irurozqui, Marta: «Muerte en el Loreto. Violencia política y ciudadanía armada en Bolivia (1861-1862)», *Revista de Indias*, 246. Dossier *Violencia política en América Latina, siglo XIX*, Madrid, 2009, 137-158.

- Irurozqui, Marta, y Galante, Mirian (eds.): *Sangre de ley. Justicia y violencia política en la institucionalización del Estado en América Latina, siglo XIX*, Madrid. Editorial Polifemo, 2011.
- Ladenberger, J. W., y Conte, M.: *Origen, organización y tendencias de la Unión Cívica*, Buenos Aires, Imprenta Coni, 1890.
- Macías, Flavia: *Armas y política en el norte argentino. Tucumán en tiempos de la organización nacional*, Tesis Doctoral, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2007.
- Malamud, Carlos, y Dardé, Carlos (eds.): *Violencia y legitimidad. Política y revoluciones en España y América Latina, 1840-1910*, Santander, Universidad de Cantabria, 2004.
- Peralta Ruiz, Víctor: «El mito del ciudadano armado. La “semana magna” y las elecciones de 1844 en Lima», en Sabato, Hilda (coord.): *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas en América Latina*, México, FCE, 1999, 231-252.
- Piccato, Pablo: «El populacho y la opinión pública: debates y motines sobre la deuda inglesa de 1884», en Connaughton, Brian (coord.): *Poder y legitimidad en México en el siglo XIX. Instituciones y cultura política*, México, UAM-Porrúa, 2003, 531-579.
- Ramos Mexía, Ezequiel: *Mis memorias. 1853-1935*, Buenos Aires, La Facultad, 1936.
- Rivero Astengo, Agustín: *Juárez Celman, 1844-1909: estudio histórico y documental de una época argentina*, Buenos Aires, Kraft, 1944.
- Rojkind, Inés: «El gobierno de la calle. Diarios, movilizaciones y política en Buenos Aires del novecientos», *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, 84, México, 2012 (en prensa).
- Román, Claudia: «Don Quijote (1884-1902): la prensa satírica, entre el público y el pueblo», *XIII Jornadas Interescuelas/ Departamentos de Historia*, Catamarca, Universidad Nacional de Catamarca, Argentina, 2011.
- Romero, José Luis: *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2007.
- Ryan, Mary: *Civic Wars: Democracy and Public Life in the American City during the Nineteenth Century*, Berkely, University of California Press, 1997.
- Sabato, Hilda: «El pueblo ‘uno e indivisible’. Prácticas políticas del liberalismo porteño», en Bertoni, Lilia A., y Privitellio, Luciano de (comp.): *Conflictos en democracia. La vida política argentina entre dos siglos*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2009, 25-44.
- Sabato, Hilda: *Buenos Aires en armas. La revolución de 1880*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2008.
- Sabato, Hilda: «La política argentina en el siglo XIX: notas sobre una historia renovada», en Palacios, Guillermo (coord.): *Ensayos sobre la nueva historia*

- política de América Latina, siglo XIX*, México, El Colegio de México, 2007, 83-94.
- Sabato, Hilda: «El ciudadano en armas: violencia política en Buenos Aires (1852-1890)», *Entrepasados. Revista de historia*, 23, Buenos Aires, 2002, 148-169.
- Sabato, Hilda y Lettieri, Alberto (comps.): *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, Buenos Aires, FCE, 2003.
- Sáenz Hayes, Ricardo: *Ramón J. Cárcano: en las letras, el gobierno y la diplomacia. 1860-1946*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1960.
- Saíta, Sylvia: *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1998.
- Suriano, Juan: «La crisis de 1890 y su impacto en el mundo del trabajo», *Entrepasados. Revista de Historia*, 24/25, Buenos Aires, 2003, 101-124.
- Terán, Oscar: *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de siglo (1880-1910). Derivas de la «cultura científica»*, Buenos Aires, FCE, 2000.
- Thibaud, Clement: *Repúblicas en armas. Los ejércitos bolivarianos en la Guerra de Independencia en Colombia y Venezuela*, Bogotá, Planeta-IFEA, 2003.
- Zimmermann, Eduardo: «La prensa y la oposición política en la Argentina de comienzos de siglo. El caso de *La Nación* y el Partido Republicano», *Estudios Sociales*, 15, Santa Fe, 1998, 45-70.